

CAPÍTULO X.

Las diez de la mañana del día siguiente se presentaron en el Hotel Central Manuelito y Gumesindo. Manuelito subió el primero al cuarto de D. Trinidad mientras Gumesindo esperaba en la escalera. Sin hacerse anunciar preguntó por D. Trinidad y sin más preámbulo prorrumpió:

—Le traigo á V. razón de su hijo.

—De mi hijo! de Gumesindo! Dios se lo pague á V. jovencito! Y en donde está?

—Viene conmigo. Pero he querido hablar á V. primero....

—Cómo? alguna desgracia! exclamó don Trinidad.

—Desgracia! repitió D.^a Candelaria desde su cuarto; ya lo decía! Sobre que el corazón de una madre no puede engañarse! A ver, á ver, qué desgracia le ha sucedido á mi hijo. Buenos días, señor, dígame V. por el amor de Dios!

—Eso iba á hacer el señor, interrumpió D. Trinidad.

—Bueno; pero el caso es que le ha sucedido algo.

—No, señora, nada, dijo Manuelito.

—Calla, mujer! y deja hablar al señor.

—Sí; y cómo quieres que me calle cuando se trata de mi hijo? Conque dice V., señor, que nada le ha sucedido?

—Nada, dijo Gumesindo apareciéndose.

—Gumesindo! exclamaron todos á la vez.

—Sano y salvo!

—Y cómo ha sido eso? preguntó doña Candelaria.

—Deja que el señor explique.

—Pero tome V. asiento, dijo una de las muchachas.

—Estoy bien, contestó Manuelito.

—Donde pasaste la noche, bribón? dijo doña Candelaria recordando en aquel momento la mala noche que habían pasado todos.

—El señor va á explicar, balbució Gumesindo.

—Si, mamá, deje V. que el señor explique.

—Explique V., señor.

—Silencio! se atrevió á decir la más avisada de las niñas.

Y Manuelito habló de esta manera:

—Sr. D. Trinidad: Gumesindo me ha traído una carta de recomendación de una persona que aprecio mucho, el dueño de la hacienda de.... (y dijo un nombre que nosotros debemos callar). Y dije para mí: en viniendo de parte de esa persona, me creo en el deber de obsequiar á su recomendado, hasta donde me alcancen las fuerzas. Empezamos por almorzar cinco amigos en el Tivoli; después del almuerzo, que terminó á

eso de las seis, fuimos al paseo, después al teatro, y luego cenamos en la Concordia. Gumesindo tuvo la bondad de acompañarme hasta mi casa, porque iba yo un poco malo; subió á mi cuarto, me puse peor, y Gumesindo no se ha separado de la cabecera de mi cama hasta esta mañana, en que sintiéndome restablecido, he creído de mi deber venir á hacer á V. esta explicación, ya no solo para explicarle la ausencia de Gumesindo, sinó para darle las gracias delante de Vds., y para ponerme á sus órdenes. Sabe V., Sr. D. Trinidad, que en mí tiene V. un amigo, agregó Manuel, tendiendo la mano y poniéndose en pié para despedirse.

Una sonrisa general de satisfacción acogió el relato de Manuelito. Gumesindo recogió un haz de miradas de reconciliación, y hasta de simpatía, por su buena acción de haber permanecido á la cabecera de un enfermo durante la noche.

—Y nosotros que estábamos con tanto cuidado! exclamó doña Candelaria. Vaya, que nos has hecho pasar una noche....

—En fin, señora, perdónele V. y ya no hay para qué recordar ese incidente.

—Tiene el señor mucha razón, dijo don Trinidad, ya pasó todo. Pues aquí nos tiene V. á su disposición, señor Don.....

—Manuel, dijo Manuel, comprendiendo que nadie sabía todavía su nombre.

—Sr. D. Manuelito, completó D. Trinidad, V. deberá disimular si nos encuentra un poco rancheros, pero es la verdad, venimos á la capital de la República por la primera vez, y eso merced á esa invención del ferrocarril que... oiga V., Sr. D. Manuelito, es asombrosa.

—Si señor, agregó D.^a Candelaria, somos puros rancheros, pero sabemos querer á las personas. Mis hijas son menos rancheras que yo; y V. las ve, tienen sus estudios. Sí, señor, porque aunque uno sea así, siempre busca lo mejor para los hijos, porque no hay amor como ése.

Manuelito y las niñas cambiaron miradas que equivalían á los cumplimientos que debían haberse hecho, si D.^a Candelaria los hubiera dejado hablar.

—Quiere decir, dijo Manuelito, cuando D.^a Candelaria tomaba resuello; quiere decir, que tienen Vds. tres hijos.

—Tres? quizá! no señor. Nueve, para servir á V., dijo D. Trinidad.

—Nueve! repitió D.^a Candelaria pronunciando esa cifra con un acento indesciframbamente maternal.

—Solo que los chicos se quedaron en casa, agregó D. Trinidad.

—Conque..... dijo Manuelito; Vds. me permitirán que me retire. Ya estoy seguro de haber disculpado suficientemente á su hijo de Vds.

—Un millón de gracias, D. Manuelito, y aunque inútiles, ya sabe V. que estamos para servirle.

—Y mucho que sí, agregó D.^a Candelaria.

—Señoritas..... á los piés de Vds., dijo Manuel dando la mano á las niñas, y estrechándose las cordialmente. A una de ellas con más cordialidad de la que requería la situación, porque Manuelito, mientras tal hacía, había formulado en su mente esta

frase: «*Bien se puede afechugar con esta rancherita.*»

Al fin salió del cuarto acompañado por toda la familia hasta la puerta del pasadizo, y cuando atravesaba la calle de las Escalerillas, se sentía ufano de su triunfo y de su aplomo para mentir.

—Conque vamos á ver, dijo D.^a Candelaria cuando Manuelito hubo desaparecido. Cuéntanos, Gumesindo, lo que te ha sucedido, porque ese señor habla tan de prisa, que no he podido entender lo que me dijo. Yo solo recuerdo que el almuerzo terminó á las seis de la tarde.....

—Es cierto.

—Pobre de tí! Conque te has mal pasado?

—No, al contrario, mamá; el almuerzo ha terminado tan tarde porque ha sido muy bueno.

—Bueno debe haber estado para durar todo el día.

Gumesindo temía que aquel interrogatorio se prolongase, porque conocía que no había de salir avante en surcir mentiras como las

había surcido Manuelito. D. Trinidad hablaba poco, porque ya le había pasado por las mientes que su hijo empezaba á pagar tributo al culto de los placeres de la capital. Una de las hijas de D.^a Candelaria se estaba sintiendo todavía fuertemente impresionada por Manuelito: le había parecido muy elegante y muy simpático. Ella también, como Gumesindo, había estado soñando en su tierra, desde que se habló de venir á México, con encontrar aquí su bello ideal. Sus tendencias á la vida cortesana habían ido tomando mayores proporciones, desde que una amiga suya, mexicana, la había iniciado en los misterios del tocador y de la moda; y desde que empezó á usar tacones altos y vestido angosto se imaginaba tener derecho á ingresar en el número de las mujeres elegantes de México, de quienes se había formado una idea casi novelesca, y era tal y tan viva esta tendencia, que desde que en el pueblo pudo formar parte de las pocas jóvenes que se vestían bien, comenzó á ser desdeñosa con su no-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LÉO.
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1965 MONTREY, MEXICO

vio, que era uno de los charritos más apuestos de los alrededores. La capital de México tenía un encanto tal y se presentaba á la imaginación de Clara tan llena de seducción y atractivos que le parecía indigno de una joven elegante como ella y que vestía á la francesa, como las grandes señoras de México, tener un novio de manos callosas y de maneras de campesino. Clara soñaba en un tipo de nobleza y elegancia que se pareciera á los héroes de algunas novelas francesas, escritas precisamente para despertar en la imaginación de las jóvenes esa clase de sueños y delirios.

Cuando Manuelito desapareció de la calle de las Escalerillas, Clara que lo había seguido con la vista desde el balcón del hotel, sintió como una oleada de tristeza profunda que le oprimía el corazón, y ella misma no pudo menos de sorprenderse, al ver que la realización de sueños, por tan largo tiempo alimentados, se presentaba bajo la forma de una melancolía que se parecía mucho al dolor y al desengaño.

En cuanto á Gumesindo, pasaba en aquellos momentos por su cabeza todo un mundo de impresiones, de recuerdos y de deslumbramientos que vale la pena que lo estudiemos confidencialmente en el siguiente capítulo.

